

Punto de Quiebre

Inexorablemente ligados al destino de rehenes y captores, los garantes sufrieron en carne viva la solución militar de la crisis.



[Monseñor Juan Luis Cipriani no pudo contener el llanto en la conferencia brindada junto con sus colegas Anthony Vincent de Canadá y Terusuke Terada del Japón.](#)

PARA ellos, las sombras empezaron en pleno día. Es probable que hubieran sido enterados de la existencia de planes contingentes, pues forman parte del arsenal de posibilidades que durante varios agotadores meses pasaron por sus ojos. Pero, claro, la fe en su trabajo consistía, por el contrario, en alejar la eventualidad de una acción armada o violenta que cerrara el capítulo de los rehenes y la toma de la residencia del embajador nipón.

Son los miembros de la comisión de garantes - Monseñor Juan Luis Cipriani, representante de la Santa Sede, Anthony Vincent, embajador canadiense, Michel Minnig, representante de la Cruz Roja, Terusuke Terada, observador del Japón. Nacionalidades distintas, talante, formación, vidas y experiencias desiguales.

De pronto se vieron dialogando con los subversivos, con los cautivos, con las altas autoridades peruanas tratando de hacer del rompecabezas una alfombra milagrosa que acabara con el sufrimiento, las diferencias políticas y las peticiones encontradas.

Apenas empezaron los primeros disparos, tuvieron sin duda que comprender que quedaban en una situación sumamente comprometida, si no desairada. La primera aclaración se dirigió a sus mandantes: el Vaticano, las cancillerías canadiense y nipona, el Comité Internacional de la Cruz Roja.



Las repercusiones internacionales han guardado las formas, pero nada está calmo. Al extremo derecho, Juan Pedro Schaerer, el número 2 de la Cruz Roja en el Perú fue expulsado del país. A la derecha, Primer Ministro, Ryutaro Hashimoto: exigió una explicación.

No estuvieron enterados en ningún momento de la orden, fecha y preparativos de la incursión militar en los linderos de la casa de San Isidro. Supusieron, con todo, que serían mirados por la prensa, los ciudadanos y los analistas como parte de un juego que, haciendo caso omiso de la promesa de que se consultaría cualquier decisión que no fuera la pacífica, tenía doble faz.

Eso independientemente del temor por la vida de los rehenes y de los emerretistas, a quienes habían frecuentado, con quienes habían intercambiado opiniones, a veces con franqueza suma, siempre en un claustro artificial, que se deterioraba por razón natural. Es tan distinto el aire de la libertad del de las cuatro paredes del cautiverio.

Fue muy mala señal la declaración de persona non grata por parte del gobierno peruano en contra de Juan Pedro Schaerer, de la Cruz Roja. Algunos medios habían venido satanizando a la Cruz Roja, pero ahora era el propio gobierno el que creaba una situación complicada. La explicación oficial -que Alberto Fujimori ha reiterado ahora en la conferencia de prensa del miércoles en Palacio- no parecía suficiente.

Schaerer, se ha dicho, hablaba demasiado con los emerretistas, y eso provocó desconfianza en el gobierno. No se trata de un novato. Estuvo en el Perú en 1992, cumpliendo todas las funciones de un delegado de la Cruz Roja. No desconocía lo que era el MRTA. Además del Perú, estuvo en Cambodia, Aukhazia, Sri Lanka, antes en el Salvador y Guatemala.

Retornó al Perú en noviembre de 1996, como el segundo de la oficina de la Cruz Roja en Lima, para lo cual tenía que haber demostrado previamente capacidad y plena concordancia con los postulados de una institución sumamente severa para evaluar a sus miembros, en especial porque el riesgo mayor es que la labor de la misma no sea comprendida por los gobiernos y se creen fosos de desconfianza.

Hablar mucho con los insurrectos o terroristas no parece ser un cargo consistente. Claro que tenía que hacerlo, pues era el encargado de toda la organización de la asistencia humanitaria en el interior de la residencia. Tenía que negociar cada cosa que entraba, los médicos, los libros, la ropa, los mensajes, la comida, la cantidad de agua. Los del MRTA se sentían los dueños, y era menester ganarse su confianza para hacer que la vida de los rehenes fuera más llevadera.

Hay quienes pueden creer que los que se incorporan a la Cruz Roja son rebeldes, marginales o izquierdistas que quieren vivir su "aventura" tercermundista. Es todo lo contrario. Son profesionales reclutados con sumo cuidado.

No es poca cosa para el gobierno tener que demostrar con pruebas que hubo inconducta por parte de Schaerer, de lo contrario será una medida discutible que echa sombras en las relaciones entre la Cruz Roja y el Perú.

Gran contraste entre la actitud oficial y las muestras de gratitud de los familiares de los rehenes que reconocen que sin la Cruz Roja estos cuatro meses hubieran sido terribles.

Por eso, la conferencia de prensa el miércoles pasado, donde monseñor Cipriani mostró con su llanto cuán afectado estaba, descartando con ello cualquier sospecha de que los garantes hubieran jugados a dos bazas, fue triste y fría. El comunicado salvaba la cara de los garantes y señalaba escuetamente que no había de qué felicitarse en cuanto a la operación militar, señalando la exclusiva responsabilidad del gobierno peruano, mostrando el pesar por las muertes y aunándose al contento de ver reunidas, por fin, a tantas familias.

Esta es toda una señal para el mundo que hay que evaluar y tratar de compensar con una actitud comprensiva por parte de los peruanos, frente a estos esforzados y convencidos defensores de la paz.

25 de Abril, 1997 - N° 1462